

## PICO DE LA MUNIA Sábado 16 de julio de 2016



Otra vez ha tocado una excursión por la zona de Bielsa, en mi valle del Alto Cinca. Como está bastante lejos de Zaragoza y la excursión es larga y conviene madrugar, hay que subir el viernes a dormir. Unos eligen el Mesón de Salinas y otros la casa de la Central, de los Chóliz Castejón, sin duda los mejores alojamientos de la zona. Vamos 11 personas, que es un número bastante razonable: Domingo, María Emilia, Manuela, Javier, María Jesús, Eva, Juanra, Juan, Alejandro, Victor y yo, que también me llamo Javier.

Antes de salir ya hay una pequeña polémica, por no decir agrio debate, sobre la interpretación del concepto de "madrugar, que en este club es bastante laxa como se sabe: unos decían que hay que estar andando a las 6, otros que ¿dónde vaaas?, otros que después del aperitivo... Al final se llegó a un acuerdo haciendo generosas concesiones y promesas descabelladas que luego no hubo más remedio que cumplir. Desayunamos y salimos a una hora que ya no recuerdo, pero que en teoría nos iba a permitir subir a la cima principal, dar un paseo por varias secundarias y volver antes de misa de una. La dura realidad demostró que la excursión no solo era tan larga como parecía sino mucho más: cumplimos todos los objetivos y acabamos tomando los huevos fritos a eso de las 10 de la noche. Ya he revelado que todos llegamos a la cima y volvimos a casa sanos y salvos, que es el resultado ideal de una excursión de montaña.

También adelanto que el tiempo fue inmejorable, tan bueno como se anunciaba: ni una nube, ni un soplo de viento en todo el día, y una temperatura aceptable sin demasiado calor.

Pero eso es el final de la aventura. Vamos a intentar ir por orden:

Después de desayunar salimos del Mesón con los coches por carretera hasta Chisagüés y luego por pista hasta Petramula, a unos 1.900 m de altura. Entre los coches cuento a Francisco, nuestro Suzuki Vitara de tercera mano que nunca nos había dado problemas hasta ahora. Juanra también tiene un todo terreno Opel viejo, mucho más amplio y elegante. En Petramula dejamos los coches rodeados de vacas, sin pensar en las consecuencias que esto podría tener para las carrocería y los espejos, y echamos a andar, to parriba. Todavía no habíamos oído hablar de la sabiduría de la manada de lobos y lo que hacemos es correr cuesta arriba como si la cima estuviera allí al lado y no tuviéramos que seguir andando todo el día. Muy orgullosos vemos que en la primera hora hemos subido no sé cuántos cientos de metros pero, igual que pasa con los lobos, esto lo pagan más tarde los más viejos y débiles, que en esta ocasión coinciden en la misma persona. También pagaremos algunos el no haber bebido lo suficiente desde el principio ya que, aunque parece que no hace mucho calor, estamos todo el día a pleno sol y el esfuerzo es agotador a la larga. Recordad niños: hay que empezar andando despacio y reservando fuerzas y hay que beber mucho líquido aunque no tengáis sed. Todo el mundo lo sabe pero no todos lo hacen. O hacemos.

Después de un alegre trote por caminos de hierba ganando altura rápidamente llegamos a un collado y a los lagos de la Munia. Hasta ahora las vistas eran bonitas, con el valle abajo y las Tres Sorores asomando sobre las montañas del otro lado, pero desde aquí ya son deslumbrantes: los lagos intensamente azules todavía rodeados de nieve y con hielo flotando, la Munia, Robiñera y Peña Blanca por delante, Monte Perdido por atrás. Allá arriba, donde acaba la nieve, se ve el collado que tenemos que alcanzar para luego recorrer la larga cresta de roca hacia la derecha hasta la cima. Conforme vamos subiendo hacia él la vista se hace cada vez más amplia y espectacular.

El recorrido desde los lagos hasta el collado es más largo de lo que parece. Además de subir hay que avanzar bastante en horizontal. Ya se ve que la bajada va a ser larga. Al principio alternamos las piedras y la nieve pero llega un momento en que la nieve domina y nos ponemos los crampones, que para eso los hemos traído. La nieve no está demasiado dura pero dan mucha seguridad. Además nos hemos cruzado con algún grupo más madrugador que ha renunciado a la cima por no estar equipados para la abundancia de nieve. Nosotros hemos traído de todo: piolet, crampones, arnés, casco, cuerda, esquís, trineo, bañador...

La llegada al collado es, como suele pasar, espectacular ya que aparecen nuevos valles y montañas que no se veían hasta entonces. Delante tenemos el valle de Troumuse, ya en Francia y a la derecha la cresta de roca que tenemos que subir que, desde aquí, parece que no va a ser para tanto. Decidimos aligerar un poco las mochilas y dejar escondidos piolets, crampones y bastones. Nos llevamos, por si acaso, los arneses y cuerdas aunque luego no los llegaremos a usar.

Empezamos a subir por la cresta, que no es demasiado difícil pero tiene zonas de piedra suelta y algún paso que requiere bastante esfuerzo. Todos esperamos llegar al famoso "Paso del Gato" con algo de respeto, ya que el miedo no existe en este club. Pero pasa el tiempo y seguimos subiendo y subiendo y la cima parece que está siempre igual de lejos. Cruzamos pasos de todos los animales y estilos, subimos cimas fantasmas, bajamos para volver a subir, rodeamos por los dos lados de la cresta cuando no vamos por el mismo filo, y el cansancio y la sed van aumentando mientras las piernas pierden su ligereza y alegría inicial.

En realidad estoy contando mis propias sensaciones: mis compañeros siguen trotando alegremente por delante de mí saltando de piedra en piedra como cabritillas, contando chistes y cantando cantos tiroleses mientras yo me esfuerzo para no quedarme muy atrás y se me va formando en la garganta una especie de bola dura que me molesta para tragar y respirar. Debe ser una mezcla de cansancio y deshidratación que se junta al peso de los años y del propio cuerpo. Los juepinchos también se pagan tarde o temprano.

Dentro de mí va naciendo la idea de lo cómodo que sería quedarse parado o volver al collado y esperar a que vuelvan los compañeros (seguid sin mí, no quiero ser una molestia, aquí estoy bien, no siento nada, decid a mi mujer y mis hijas que les quiero...). Afortunadamente llegamos al Paso del Gato: ¿y esto es el Paso del Gato? ¡Valla chorrada! Esto lo subo yo con la ... Y encima tiene una cuerda para ayudar a trepar. Efectivamente el famoso paso no es tan difícil como temíamos. Ni siquiera es lo más difícil que hemos pasado en la cresta. Una vez superado ya no hay retorno: hay que llegar a la cima, aunque todavía falta mucho. Muchísimo incluso.

Más tarde me contarán que cuando no hay nieve se puede llegar directamente al pie del paso del Gato por un sendero evitando toda esta primera parte de la cresta.

La subida sigue siendo larga y cansada pero, aunque estoy agotado y noto que voy peor que los demás, no me quedo demasiado atrás. Nos cruzamos con un grupo que baja con un perro de aguas completamente aterrorizado (el paso del Perro) y seguimos subiendo y bajando por el filo o bordeando y por fin, después de pasar varios tresmiles fantasmas, llegamos a la cima.

Yo, al principio, lo único que puedo hacer es derrumbarme en el suelo y comer y beber todo lo que me dan. Todos y todas se desviven por ayudarme para que vuelva a ser el hombre que un día fui, o al menos algo parecido. Gracias a María Emilia y a los demás poco a poco voy cogiendo fuerzas para disfrutar del impresionante panorama, probablemente uno de los mejores puntos de vista del Pirineo: Monte Perdido, Vigenemale, Posets, Barrosa, Troumouse etc y etc. Estamos mucho tiempo en la cima porque a María Jesús, Víctor y Domingo se les ha hecho corta la ascensión y se van a seguir la cresta y subir unos cuantos picos más. Domingo corriendo, naturalmente. Esto formaba parte del pacto alcanzado antes del inicio de la marcha: "si salimos más temprano podremos subir tres o cuatro picos además de la Munia". Cuando vuelven hacemos las fotos y, ya bastante recuperado, emprendemos el descenso. Le proponemos a un gallego que hemos conocido en la cima que baje con nosotros pero pronto se da cuenta de que va mejor solo y se escapa antes de que acabemos todos hablando con acento gallego.

Nada más empezar a andar Alejandro sufre un calambre que le deja paralizado. Una vocecita en mi interior me dice: "ahora tendremos que llamar al helicóptero para que le evacúe y yo no tendré más remedio que ofrecerme voluntario para acompañarle". Pero lo dice muy bajito y enseguida le hago callar: Alejandro es un socio del REICAZ de los de primera clase (los que además son abogados) y en este club no somos de los que hacen venir al helicóptero por cualquier cosa, poniendo a gente en peligro y haciéndoles perder un tiempo que necesitan para cosas más importantes. Este mismo fin de semana sale en el periódico la noticia de los numerosos rescates que se han efectuado, algunos por causas importantes pero otros por simple fatiga o vete a saber. Efectivamente Alejandro se recupera enseguida a base de agua y fruta y queda como nuevo. Incluso mejor que antes si cabe.

Yo también me encuentro mejor y la bajada no me fatiga, ni mucho menos, como la subida. Pero es un descenso largo y complicado y algunos pasos son delicados por

la piedra suelta y porque en la bajada es más difícil ver las presas. Una vez más Domingo y los socios más hábiles demuestran lo que valen ayudando continuamente a todo el que lo necesita, y sobre todo a mí. El paso del Gato no presenta ningún problema especial, y menos equipado con una cuerda. Al final no hemos necesitado nuestro cordino ni los arneses, pero es prudente llevarlos por si acaso.

Durante la bajada Alejandro y Juan recuperan su espíritu rebelde (pero noble) y deciden adelantarse a los demás. En un momento dado vemos allá a lo lejos muy abajo, en el lado de Francia, un punto que se mueve que, mirando mejor, resulta ser Juan que ha bajado a buscar su mochila que inexplicablemente se había escapado y bajado por su cuenta. Consigue alcanzarla y volver con ella a la cresta haciendo unos cientos de metros de desnivel más que los demás.

Por fin llegamos al collado y acaban las dificultades. Recuperamos el material que habíamos dejado, nos ponemos los crampones y empezamos el larguísimo descenso alternando nieve y rocas hasta los lagos. El tiempo va pasando implacable y, si no estuviéramos todavía en los días más largos del año y la meteorología no fuera tan benigna sin ningún rastro de tormenta, podríamos empezar a preocuparnos por la hora que es. Pero afortunadamente no hay ningún motivo para ello, somos jóvenes y tenemos todo el tiempo del mundo. Sobre todo yo que me quedo a dormir y no tengo que volver a Zaragoza.

Finalmente llegamos a los lagos y al collado y solo queda seguir bajando por buen camino hasta Petramula donde están los coches. En esta última parte es cuando yo me vengo arriba, recupero mis fuerzas y espíritu de viejo montañero y encabezo el grupo durante un buen rato. Al final alguno se adelanta pero llego al coche muy contento y bastante entero. Hemos andado 11 horas, una barbaridad, y son cerca de las 8 o las 9 de la noche, no recuerdo.

Alguno de los coches tiene rayas en la carrocería y los espejos retorcidos. Suponemos que han sido las vacas y no algún desaprensivo. Un montañero no hace esas cosas, creo.

Llega el placentero momento de quitarse las botas y sentarse en el coche. Aunque ya es bastante tarde alguno se remoja en el río pero sin llegar a un baño completo. No hay tiempo que perder: nos acomodamos en los coches, los conductores introducen la llaves de contacto, el coche de Domingo arranca a la primera, el de Juanra arranca a la primera, Francisco no hace nada, ni un ruido ni un movimiento. Se ha quedado sin batería. Alguien, no sé quién, se había dejado las luces encendidas.

Otro retraso; intentamos arrancar el coche con la batería del de Juanra que tiene de todo, incluso pinzas para batería, pero no hay manera. ¿será el carburador, serán las bujías? No hay más remedio que dejarlo abandonado y amontonarnos todos en los dos coches para bajar toda la pista y la carretera hasta Parzán. Domingo ha echado a correr, ya que la excursión se le ha hecho corta y tiene que descargar las piernas. Su coche con sus ocupantes salen en su persecución y no le alcanzan hasta Chisagüés. Si nos llegan a esperar hubiera llegado a Salinas. Parecía que ya no podía haber más retrasos cuando nos encontramos un perro perdido en la carretera, muy cerca de Parzán. Nuestro buen corazón, y sobre todo el de Manuela, no nos permiten seguir hasta que logramos encontrar al dueño.

En Parzán nos viene a buscar Eva, mi Eva, para evitar que vayamos demasiada gente en un coche por la carretera, y paramos a hidratarnos pensando que ya es

muy tarde para los tradicionales huevos fritos y ya es hora de volver a Zaragoza, que está muy lejos. Pero entonces nos enteramos de que los ocupantes del otro coche nos están esperando en el Mesón y allá vamos todos. Los que queremos y además nos quedamos a dormir en Salinas cenamos y después todos se reparten entre sus coches y marchan hacia sus destinos. No sé a que hora llegarían a sus casas a dormir pero tuvo que ser muy tarde.

Ahora que estoy acabando me doy cuenta de que he escrito casi una novela. Nunca había hecho una crónica tan larga. Además me ha salido toda casi de un tirón, Bueno, de dos tirones. He intentado contar con mucho detalle y desde un punto de vista muy personal todas las vivencias y sensaciones que recuerdo de ese día. Me gustaría haber podido expresar algo de lo que se siente cuando uno cree que es fuerte y que puede con todo y de repente un día se ve el más débil de todo un grupo, y como se agradece en estos casos la ayuda, el cariño y la comprensión de los compañeros. La próxima vez prometo estar fuerte, hidratado, delgado y joven. Muchas gracias a todos.

Julio de 2016

Javier Chóliz

